

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Duelo de mascotas.

Sale, Sandra.

Cita:

Sale, Sandra (2023). *Duelo de mascotas*. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/573>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/HmM>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DUELO DE MASCOTAS

Sale, Sandra

Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Uno de los campos escasamente desarrollados por la psicología en Argentina, es el acompañamiento en duelo de personas por pérdida de un ser querido y menos explorado aun, en el proceso de duelo de mascotas. Las mascotas desempeñan un papel importante en la vida de sus dueños y se las considera miembros de la familia desempeñando roles significativos. Juegan roles determinantes en las interacciones familiares, son consideradas como los mejores amigos, compañeros, confidentes e integrantes de la familia, suelen ser el “pegamento” que une a los miembros de la familia. Es así como nos referimos a familias más-que-humanas, familias multiespecie o interespecie, familia humano-animal. Numerosas investigaciones confirman que el impacto psicológico y el dolor vivenciado tras la muerte de una mascota, es equiparable al proceso de duelo sentido tras una pérdida humana. Sin embargo, hay tres características que lo diferencian: 1) las actitudes sociales, 2) la culpa y 3) la ausencia de ritos. El presente trabajo tiene como finalidad visibilizar la importancia del acompañamiento en el proceso de duelo de consultantes ante la pérdida de sus mascotas, en un país donde los datos estadísticos arrojan que aproximadamente el 75% de la población (3 de cada 4 argentinos) convive con un animal de compañía.

Palabras clave

Mascotas - Duelo - Duelo no reconocido

ABSTRACT

PET BEREAVEMENT

One of the fields scarcely developed by psychology in Argentina is bereavement support for people who have lost a loved one, and even less explored in the process of pet bereavement. Pets play an important role in the lives of their owners and are considered members of the family playing significant roles. They play determining roles in family interactions, they are considered the best friends, companions, confidants, and family members, they are often the “glue” that binds family members together. This is how we refer to more-than-human families, multi-species or inter-species families, human-animal families. Numerous studies confirm that the psychological impact and grief experienced after the death of a pet is comparable to the grieving process felt after a human loss. However, there are three characteristics that differentiate it: 1) social attitudes, 2) guilt and 3) the absence of rituals. The purpose of this paper is to make visible the importance of accompaniment in the grieving process of patients who have lost their pets, in a country where statistics show that

approximately 75% of the population (3 out of 4 Argentines) live with an animal.

Keywords

Pets - Bereavement - Unrecognized grief

Introducción

La mascota o animal de compañía es aquella que se encuentra bajo control humano, vinculado a un hogar, compartiendo intimidad y proximidad con sus cuidadores, y recibiendo un tratamiento especial de cariño, cuidados y atención, que garantizan su estado de salud (Bovisio et al., 2004; Savishinsky, 1985).

Las numerosas investigaciones sobre la relación humano-animal, confirman que la compañía de las mascotas, producen efectos positivos en la salud y bienestar de las personas, son determinantes en el estado de ánimo y fuente de apoyo emocional inquebrantable. Permiten el desarrollo psicológico y emocional, a través del fortalecimiento de valores como el amor, fidelidad, disciplina y responsabilidad. Además, la interacción humana con las mascotas ayuda a disminuir los niveles de cortisol, hormona que está estrechamente relacionada con el estrés. Permiten que se incremente la liberación de oxitocina y serotonina, ambas sustancias implicadas en producir sentimientos de amor y felicidad en el individuo.

Si bien el origen de la tenencia de mascotas es prehistórico, los cambios socioculturales de las últimas décadas han posibilitado mayor permeabilidad a modelos familiares diversos y a la incorporación de integrantes no humanos alcanzando niveles sin precedentes en la cultura occidental. Asistimos a una nueva dimensión en el estudio de las familias: la incorporación de la mascota familiar y la dimensión humano-animal de compañía (Videla, 2015).

Definimos esta nueva configuración familiar como familias más-que-humanas, familias multiespecie o interespecie, familia humano-animal.

Recientemente, en noviembre de 2022 un fallo judicial en Córdoba reconoce por primera vez a los perros como “seres sintientes” refiriéndose a aquellos “seres vivos con capacidad de sentir, sufrir el dolor y disfrutar del placer, independientemente de si tienen capacidad de razonar como un humano”.

Tanto perros como gatos tienen un papel importante en la vida de sus dueños, ocupando roles significativos en la configuración y dinámica familiar, formando parte de los distintos momentos del ciclo vital familiar, en donde los individuos establecen profundos vínculos emocionales con ellos (Behler, A. M., Green, J.,

& Joy-Gaba, J., 2020). Trabajos recientes han demostrado que existen mecanismos neurobiológicos de vinculación similares entre las parejas humano-humano y dueño-perro, incluida la evidencia del aumento de los niveles de oxitocina, beta-endorfina, prolactina, beta-feniletilamina y dopamina en los dueños de mascotas y sus perros durante y después de las interacciones positivas (Handlin et al., 2011).

Los terapeutas familiares han sido los primeros en reconocer el rol significativo de las mascotas como miembros de las familias con el propósito de conceptualizar la familia como un todo, y la Teoría Familiar Sistémica ha sido uno de los enfoques más utilizados para entender las familias que incluyen miembros no humanos (Díaz Videla, 2015; Turner, 2005; Walsh, 2009). Tal es la importancia de las mascotas en los procesos interaccionales familiares, que desde hace ya un tiempo, los terapeutas familiares las incluyen en la confección del genograma (herramienta básica para el mapeo y armado de la historia clínica de los sistemas familiares y organizador del plan terapéutico).

Los miembros humanos de la familia y sus mascotas desarrollan un sistema emocional familiar equilibrado a partir de la integración de los animales en las rutinas diarias.

Actividades como compartir la cama, los horarios de comida o las celebraciones socioculturales dan cuenta de la incorporación de los animales en las familias. Se les asigna un nombre, se les atribuye una personalidad, es protagonista de infinidad de experiencias compartidas y son percibidas como distintas al resto de los individuos de su especie, siendo única y especiales. Esta tendencia a la “humanización”, la Antrozooloología (campo de investigación que estudia las relaciones interactivas y recíprocas entre humanos y animales (Díaz Videla, 2017), lo define como antropomorfismo, y se refiere a la tendencia a infundir a los comportamientos reales o imaginados de los agentes no humanos, características, motivaciones, intenciones o emociones humanas. Los dueños de mascotas tienden a representar las emociones de sus animales de compañía de manera similar a las emociones humanas, lo cual es un rasgo casi universal entre los dueños de los animales de compañía (Díaz Videla, 2021).

En 2022, Petcare de Mars Argentina, Uruguay y Paraguay (AUP) realizó una encuesta entre 1000 personas y detectó que 3 de cada 4 argentinos (75%) convive con un animal. El 81% de quienes viven con mascotas eligieron perros y el 52% tiene gatos. Luego, en menor medida, tortugas (7%), aves (5%), peces (4%) y hámsteres (2%).

La pandemia también trajo cambios de hábitos: el 29% de los argentinos sumaron mascotas a sus familias ya que más gente trabaja desde su casa. Contar con mayor flexibilidad horaria permite acomodar los tiempos para ocuparse de ellas. La manera en que se integran a las familias los animales de compañía en el país, parece haber experimentado un cambio de paradigma: en lugar de comprarlos, el 87% de los participantes de la encuesta de Kantar respondió que incorporaron mascotas a través de adopciones o regalos.

Muerte de mascotas

Una de las experiencias más difíciles por las que habremos de transitar, es sin duda, la muerte de nuestros familiares, amigos, seres queridos y también de nuestras mascotas.

Alba Payas (2010) define el duelo como “la pérdida de la relación, la pérdida del contacto con el otro, que rompe el contacto con uno mismo. Es una experiencia de fragmentación de la identidad, producida por la ruptura de un vínculo afectivo: una vivencia multidimensional que afecta no sólo a nuestro cuerpo físico y a nuestras emociones, sino también a nuestras relaciones con los demás y con nosotros mismos, a nuestras cogniciones, creencias y presuposiciones y a nuestro mundo interno existencial o espiritual”.

El duelo es una reacción emocional normal ante la pérdida de un ser querido, una experiencia universal, única y dolorosa en respuesta a la muerte de un ser querido o de una pérdida significativa.

A la experiencia emocional de enfrentarse a la pérdida, la llamamos elaboración del duelo y conduce a la necesidad de adaptación a una nueva situación, implica la reorganización de nuestra vida para que siga manteniendo significado.

En términos de impacto psicológico, el proceso de duelo vivido tras la muerte de una mascota es equiparable al proceso de duelo sentido tras una pérdida humana (Field, Gavish, Orsini y Packman, 2009).

Carmack considera que el apego desarrollado por muchos humanos hacia sus mascotas frecuentemente trasciende el apego emocional que establecen con otros humanos.

En un estudio transversal diseñado para determinar el porcentaje de personas que reportan síntomas significativos de duelo complicado y/o trastorno de estrés postraumático (TEPT) en respuesta a la muerte de mascotas/animales de compañía, concluye que el 20% de los participantes experimentan un apego importante a sus mascotas y presentan reacciones de duelo tras su muerte. Sin embargo, el porcentaje de personas que experimentan una alteración patológica importante es relativamente bajo (12%). Por lo tanto, las reacciones de dolor y tristeza son respuestas humanas comunes a la muerte de mascotas/animales de compañía (Adrian, Deliramich & y Frueh, 2009) y su duración oscila entre los 6 meses y el año, estando la media en los 10 meses (Dye y Wrobel, 2003).

La muerte de una mascota se experimenta de manera similar a la muerte humana en términos de despliegue de síntomas característicos de los procesos de duelo: pérdida de sueño, ausencia a los lugares de trabajo, sensación de vacío, hipersensibilidad y otras manifestaciones tanto psicológicas como sociales (Quackenbush, 1985).

En el último tiempo, el incremento de la vinculación emocional con los animales a través de la tenencia de mascotas respondería a un cambio actitudinal en la relación con los animales no humanos. Esta proximidad emocional creciente en diversas culturas hacia los animales encuentra una explicación en la teo-

ría del Apego desarrollada por Bowlby (Díaz Videla y Rodríguez Ceberio, 2019).

Bowlby (1980) define el apego como la tendencia de los individuos a establecer vínculos afectivos duraderos con los demás. Este vínculo satisface las necesidades emocionales entre los que los forman, y la amenaza, ruptura y/o pérdida del vínculo, genera respuestas de ansiedad. El sistema de apego se activará más intensamente en situaciones de gran carga emocional. La conducta de apego se define como “cualquier forma de comportamiento que da lugar a que una persona alcance o conserve la proximidad con algún otro individuo diferenciado y preferido” (Bowlby, 1980, p. 39). En base a estos conceptos estableció conexiones entre el apego y el duelo, considerando que, en función del tipo de apego del doliente, su proceso de duelo podría solucionarse de una forma más o menos adaptativa. Las investigaciones sugieren que cuanto más vinculada está una persona a su mascota, más profundamente experimenta el duelo (Ryan y Ziebland, 2015).

El duelo surge cuando se rompe un fuerte vínculo de apego, normalmente por la muerte, pero también cuando una mascota desaparece o debe ser abandonada. El apego no solamente es emocional, es un vínculo psicológico que se desarrolla porque el animal proporciona beneficios similares a los de las relaciones humanas cercanas, es decir, una sensación de confort y seguridad, y un afecto fiable (Adams, Bonnett y Meek, 1999; Sable, 2013). Los sentimientos de apego a los animales de compañía están asociados a un mayor antropomorfismo (Albert y Bulcroft, 1988).

Dada la amplia investigación que apoya la profundidad e importancia de los vínculos entre los seres humanos y sus animales, se deduce que la pérdida de una mascota puede desencadenar sentimientos de dolor similares a los de la pérdida de otro ser humano querido. Sin embargo, hay tres características que lo diferencian: 1) las actitudes sociales, 2) la culpa y 3) la ausencia de ritos.

1) Actitudes sociales. Las emociones vivenciadas tras la muerte de un animal de compañía no reciben la misma validación o empatía por parte de las personas cercanas en relación con el apoyo que se podría recibir si el fallecido fuera un ser querido humano. Esta falta de apoyo se conoce como duelo sin derechos y genera que las personas se sientan aisladas y sin apoyo (Cordaro, 2012; Packman, Field, Carmack y Ronen, 2011).

Esta sensación de aislamiento puede inhibir la voluntad de revelar los sentimientos a otras personas cercanas (Rémillard, Meehan, Kelton, & Coe, 2017). De hecho, las investigaciones sugieren que las personas sopesan los beneficios de publicar en las redes sociales sobre la pérdida de su mascota, ya que temen ser ignorados o, peor aún, ridiculizados (Vitak, Wisniewski, Ashktorab y Badillo-Urquiola, 2017). Lo más importante es que esta falta de apoyo exacerba el ya doloroso proceso de duelo, dejando a las personas con la sensación de que sus emociones

son ilegítimas, lo que resulta en un aumento de angustia y la reducción en la calidad de vida (Spain, O'Dwyer, & Moston, 2019), dando lugar a lo que definiremos como duelo no reconocido (Packman, Carmack y Ronen, 2011).

En un estudio realizado por Adams (2000) detectó que el 50% de las personas que habían sufrido la pérdida de su mascota, sentían que la sociedad no valoraba que su pérdida fuera digna de vivir un proceso de duelo. No se da valor a esta pérdida ya que generalmente se considera que una mascota es reemplazable, no legitimando la relación existente entre la persona y su animal (Wrobel y Dye, 2003). Otros investigadores han considerado que el dolor que rodea a la pérdida de una mascota es una “emoción desestabilizadora”, porque los propietarios en duelo fluctúan entre si sus emociones son aceptables o no lo son. (Redmalm, 2015)

El duelo **no reconocido o duelo no autorizado**, surge cuando una persona experimenta el proceso de duelo, pero no hay validación ni reconocimiento sobre el derecho que tiene de vivirlo o de pedir ayuda o apoyo (Doka, 2008). Este tipo de duelo consta de cuatro dimensiones. En primer lugar, puede **no reconocerse la relación**, en el caso de la pérdida de una mascota se podría entender que la relación humano- animal no es merecedora de una vivencia de duelo.

En segundo lugar, **la pérdida no es reconocida**. En estos casos el duelo es invalidado porque la muerte no es socialmente valorada o significativa. En lo relativo a la pérdida de una mascota, la sociedad suele esperar que la persona sufra un duelo leve y que se recupere rápidamente, no se valida su capacidad para vivir un duelo con todas sus características. El duelo no reconocido dificulta la expresión de la vivencia interna tras la pérdida, complicando el proceso de duelo. Las personas se pueden sentir obligadas a actuar de forma normalizada (como si nada hubiera sucedido) rápidamente tras la pérdida, o podrían negarse a compartir cómo se sienten o a pedir ayuda si lo necesitaran por el miedo a ser juzgados (Durkin, 2009). El no reconocimiento del duelo tras la pérdida de una mascota podría desencadenar el desarrollo de un duelo complicado o no resuelto (Kaufman y Kaufman, 2006). En tercer lugar, **el doliente no es validado**. Estos son los casos donde es la sociedad la que no reconoce la capacidad de duelo del doliente. Lo vemos en relación a los niños, donde rige la creencia de que ellos no son capaces de comprender la muerte, y por tanto de, vivir un proceso de duelo, por cuanto no se les reconoce su duelo y, por ejemplo, no participan de los ritos funerarios o no se les explica lo sucedido. En cuarto lugar, **las circunstancias de la muerte**. Algunas investigaciones sugieren que la decisión de practicar la eutanasia a una mascota podría resultar una experiencia emocional menos negativa en relación con otras circunstancias en las que las mascotas mueren repentina o accidentalmente, otros hallazgos apoyan la noción de que enfrentarse a esta decisión es en realidad más estresante para los propietarios. Este aumento del estrés se atribuye a la pena anticipada a la que se enfren-

tan los dueños de las mascotas cuando intentan determinar si la eutanasia es una decisión apropiada para su mascota. Esta experiencia negativa puede verse exacerbada ante la ausencia de apoyo social y emocional (Lagoni, 2011).

2) La segunda característica diferenciadora es la culpa. A diferencia de lo que sucede en las pérdidas humanas, la culpa toma una figura relevante en el proceso de duelo tras la muerte de una mascota. La intensa culpa se explica por dos aspectos: el tipo de vinculación que se establece con el animal y cuando la muerte se produce por eutanasia.

Alrededor del 50% de los propietarios a los que se les practica la eutanasia de sus animales suelen sentirse culpables por tal decisión (Adams, Bonnett & Meek 2000; Morris 2012), y la evidencia empírica sugiere que el porcentaje real puede ser mayor. Entre los factores que contribuyen a ello se encuentran las dudas sobre si la eutanasia fue la decisión correcta (Adams et al. 2000; Shaw & Lagoni 2007; Dawson 2010).

Debe tenerse en cuenta que el tipo de relación que se establece entre el dueño y su mascota será dependiente y asimétrica, donde el bienestar del animal dependerá completamente de su dueño (como sucede en la relación madre-bebé), por lo que habrá un sentido de la responsabilidad muy grande acerca del bienestar de la mascota que aumenta los sentimientos de culpabilidad tras la muerte del animal, quedando la sensación de que se podría haber hecho algo más (Hunt y Padilla, 2006).

La culpa puede provenir de la sensación de no haber hecho lo suficiente para cuidarlos. Este sentimiento, muchas veces está acompañado de vergüenza desencadenada por el pensamiento de haber contribuido directamente a sus muertes al decidir la eutanasia (Behler et al., 2020). La actitud o la comprensión que el cuidador tenga hacia la eutanasia afectará posteriormente al proceso de duelo, pudiendo repercutir en su intensidad y duración. Estas actitudes pueden oscilar entre la comprensión del acto como una liberación para el sufrimiento del animal hasta la sensación de haber tomado una decisión que convierte al dueño en asesino (Adams et al., 2000).

3) La ausencia de ritos funerarios. Los rituales funerarios se conciben como prácticas socioculturales específicas de la especie humana, relativas a la muerte de alguien y a las actividades funerarias que de ella se derivan. Los ritos de paso o rituales de transición son aquellos que se llevan a cabo en las transiciones experimentadas por personas o grupos a lo largo del ciclo vital, marcando el final de una etapa de desarrollo y el comienzo de otra nueva.

Estos ritos funerarios son importantes para la elaboración del duelo, ayudan a las personas a poder despedirse de una manera formal y permiten ubicar al fallecido en otro plano en su mente. La ausencia de ritos existente para las mascotas fallecidas puede dar lugar a que se dificulte la resolución del duelo impidiendo hacer un acto simbólico para honrar a la mascota y despedirse

públicamente (Adams, et al. 1999; Durkin, 2009).

Los memoriales son una parte culturalmente importante de los rituales de duelo y manifestación del dolor, constituyen un aspecto de los actos simbólicos. Si las personas consideran a su animal de compañía como si fuera su hijo o un miembro de su familia, parece razonable que quieran que su familiar sea tratado con dignidad y respeto (Podrazik et al., 2000).

Predictores de respuesta de duelo ante la muerte de una mascota

La investigación realizada en Japón durante 2011 por Kimura establece la existencia de 6 factores asociados a las respuestas de duelo de las personas que perdían una mascota: la edad del dueño, el tamaño de la familia, la existencia de eventos vitales estresantes, la edad del animal fallecido, si el animal vivía en casa o en el jardín y la existencia de consultas con el veterinario. Algunas de las conclusiones del estudio fueron: 1) Los encuestados que vivían en una familia numerosa presentaban niveles de depresión más bajos, lo que implica que el entorno de la familia constituye una valiosa fuente de contención social para la persona en duelo. La intensidad era mayor en personas mayores de 50 años, con grupos familiares pequeños, viviendo situaciones vitales estresantes. 2) El alojamiento de animales fuera del hogar del propietario es infrecuente en Japón. Se observó que la respuesta era más intensa cuando el animal vivía en el domicilio familiar junto a la familia en lugar de mantenerlo en el jardín (este dato podría estar relacionado con la vinculación establecida entre humano y animal, el apego es uno de los factores que contribuye al duelo). 3) Finalmente se observó que aquellas personas que consultaban más al veterinario tendían a tener reacciones más intensas de duelo, pudiendo deberse esto a la ausencia de otros apoyos externos a los profesionales. Finalmente, Kimura destaca que la clave en el duelo tras una pérdida animal es el significado que el animal tenía para la persona.

El género de la persona parece ser otro factor relevante en la respuesta de duelo que se experimenta tras la muerte de un animal, siendo la respuesta más intensa en mujeres (Wrobel y Dye, 2003), quienes presentan mayores sentimientos de dolor por la pérdida de sus mascotas que los hombres, y de un dolor más severo en general.

Adams et al. (2000) observaron qué factores influían en la respuesta, según si la mascota fallecida era un perro o un gato. Se observó que la intensidad del proceso de duelo era mayor tras la muerte de un perro si el dueño vivía solo y era mujer. En el caso del fallecimiento de gatos se observó relación entre la intensidad y ser una mujer joven.

Walsh (2009) describió 5 factores que podrían complicar la resolución del duelo tras la pérdida de una mascota: el no reconocimiento del duelo ya mencionado, la muerte accidental, la pérdida ambigua, la acumulación de pérdidas y la función que la mascota cumplía en la familia. La muerte accidental se refiere a aquellas muertes que ocurren de forma traumática e

inesperada, en este sentido este tipo de muerte sería causante de una mayor intensidad de sufrimiento, principalmente por la involucración que tienen los cuidadores respecto de brindar los recursos necesarios en el bienestar de las mascotas.

La pérdida ambigua se refiere a aquellos casos en donde los dueños tuvieron que abandonar o dar a otros a su mascota debido a la incapacidad de hacerse cargo de sus cuidados. Este tipo de pérdidas podrían aumentar el sufrimiento de las personas debido a la culpa que podría surgir de esta decisión.

A menudo la muerte de una mascota saca a la luz otros duelos que las personas tenían bloqueado, y en donde a partir de las reacciones suscitadas por la actual pérdida, se decide atender y afrontar.

En lo que se refiere a la acumulación de pérdidas, es importante tener en cuenta que no habla únicamente de haber sufrido la muerte de un ser querido recientemente, sino que el término pérdida en este caso se puede referir a cualquier otro tipo de pérdidas significativos para el individuo, ya sea pérdida de trabajo o una ruptura de pareja. Se entiende que el duelo será más intenso en estos casos debido a 1) haberse apoyado en la mascota como vínculo de contención tras las pérdidas anteriores y 2) a la rememoración y activación de las pérdidas anteriores añadidas a la pérdida actual.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, C. L., Bonnett, B. N., & Meek, A. H. (1999). Owner response to companion animal death: development of a theory and practical implications. *The Canadian Veterinary Journal*, 40(1), 33.
- Adrian, J. A., Deliramich, A. N., & Frueh, B. C. (2009). Complicated grief and posttraumatic stress disorder in humans' response to the death of pets/animals. *Bulletin of the Menninger Clinic*, 73(3), 176-187.
- Bowkby, J. (1980). *La pérdida afectiva. Tristeza y depresión*. Buenos Aires, Paidós, 1983.
- Cartolin, X., Herrera, P. León, D., & Falcón, N. (2020). Impacto emocional asociado a la pérdida o fallecimiento de un animal de compañía. *Revista de Investigaciones Veterinarias del Perú*, 31(2), e17837. <https://dx.doi.org/10.15381/rivep.v31i2.17837>
- Cordaro, M. (2012). Pet loss and disenfranchised grief: Implications for mental health counseling practice. *Journal of Mental Health Counseling*, 34(4), 283-294.
- Díaz Videla, M. (2015). El miembro no humano de la familia: las mascotas a través del ciclo vital familiar. *Revista Ciencia Animal*, 1(9), 83-98.
- Díaz Videla, M. (2021). Proximidad en el vínculo humano-perro: el rol del antropomorfismo y el antropocentrismo. *Tabula Rasa*, (40), 279-299.
- Díaz Videla, M. (2017) *Antrozología y la relación humano-perro*. Buenos Aires, Irojo Editores, 2017.
- Habarth, J., Bussolari, C., Gomez, R., Carmack, B. J., Ronen, R., Field, N. P., & Packman, W. (2017). Continuing bonds and psychosocial functioning in a recently bereaved pet loss sample. *Anthrozoös*, 30(4), 651-670.
- Kimura, Y., Kawabata, H., & Maezawa, M. (2011). Psychiatric Investigation of 18 Bereaved Pet Owners. *J. Vet. Med. Sci*, 73(8), 1083-1087.
- Kogan, L. R., Bussolari, C., Currin-McCulloch, J., Packman, W., & Erdman, P. (2022). Disenfranchised Guilt—Pet Owners' Burden. *Animals*, 12(13), 1690.
- Lavorgna, B.F., Hutton, V.E. Grief severity: A comparison between human and companion animal death. *Death Stud.* 2019;43(8):521-526. doi: 10.1080/07481187.2018.1491485. Epub 2018 Sep 14. PMID: 30216137.
- Packman, W., Carmack, B. J., & Ronen, R. (2012). Therapeutic implications of continuing bonds expressions following the death of a pet. *OMEGA-Journal of Death and Dying*, 64(4), 335-356.
- Serpell, J. A., & Paul, E. S. (2011). *Pets in the Family: Evolutionary. The Oxford handbook of evolutionary family psychology*, 297.
- Stokes, S., Planchon, L., Templer, D., & Keller, J. (2002). Death of a companion cat or dog and human bereavement: Psychosocial variables. *Society & Animals*, 10(1), 93-105.
- Wrobel, T. A., & Dye, A. L. (2003). Grieving pet death: Normative, gender, and attachment issues. *OMEGA-Journal of Death and Dying*, 47(4), 385-393.